

# Nora Vargas

**E**L comunismo ha sido siempre maestro para venerar a sus "mártires".

En esa denominación se incluye a personas que merecen la calidad de víctimas, al haber sido asesinadas por quienes desprestigian la noble causa anticomunista recurriendo a métodos claramente inmorales.

Pero también figuran entre los denominados "mártires" del comunismo, quienes han muerto fruto de la acción de la fuerza pública en defensa del orden y la paz social, a la que ningún gobierno puede jamás renunciar. En los más variados regímenes gubernativos de nuestra historia se registran las maniobras o asonadas comunistas tendientes deliberadamente a generar las "matanzas" —y sus "mártires"— para el buscado dividiendo político, que luego se lo hace prolongar por décadas.

Y por último, el comunismo incluso consigue frecuentemente incorporar en su lista de "mártires" a quienes son en realidad agentes de la violencia y el terrorismo que caen en su propia ley. Asesinos frustrados engrosan también así —por grotesco que resulte— a la nómina del "martirologio" rojo.

Con todo ello, el comunismo no sólo nutre la mística de sus militantes y adherentes. Además suele inhibir o acomplejar a sus adversarios.

La clave en tal objetivo reside en *personificar* ante la opinión pública a cada uno de esos "mártires". Sus nombres son repetidos en forma de campaña sistemática, para que ellos se graben en toda la ciudadanía. Su memoria se proyecta a organismos, grupos o brigadas que adoptan esos mismos nombres. Y aunque con el tiempo pocos recuerden los pormenores de los hechos respecto de cada uno de ellos, su calidad de "mártires" cumple eficazmente sus fines.

**¿Q**UE ocurre, entretanto, con las víctimas del terrorismo comunista?

Salvo que el afectado sea una personalidad de connotación pública relevante, los demás no tienen nombre. En el mejor de los casos, se destacan a través de números.

**"Ha llegado la hora de que las víctimas del terrorismo comunista tengan nombre... La mujer chilena volverá a encabezarnos a todos en una vigorosa reacción para derrotarlo"...**



Los uniformados que en estos últimos años han sido en Chile víctimas de la violencia terrorista, se registran sólo en cifras. Y los civiles que han corrido igual destino, se recuerdan únicamente como "el automovilista que iba pasando frente al consulado de Estados Unidos en Santiago" o "las cinco personas que murieron en el edificio Emporium de Viña". Pero ¿cuántos saben sus nombres?

Quizás más de alguien podría replicar que eso deriva precisamente de que dichas personas no tienen especial relevancia pública y que tampoco militan en un partido interesado en recordarlos como mártires de una causa. Pero allí radica, a mi juicio, el error que urge rectificar. Porque ellas

son miembros de las llamadas mayorías silenciosas que anhelan una sociedad en que reinen la seguridad y la paz, a las que tienen derecho.

Ha llegado la hora de que las víctimas del terrorismo comunista tengan nombre. Que cada chileno los sienta como hermanos de carne y hueso —personificados— a los que sepamos honrar porque cayeron en nuestra defensa o porque pudimos ser cualquiera de nosotros.

**D**E ahí la importancia de que nunca olvidemos que "la señora que perdió las dos piernas por la bomba que estalló en Providencia", es Nora Vargas. Que su nombre perdure como víctima de una de las más cobardes formas de violar los derechos humanos, ante la cual los profesionales de esta causa callan o hablan en susurro.

La "Legión Femenina Contra la Violencia" ha dado un paso histórico al comprometerse a que el nombre de Nora Vargas —y los demás como el suyo— se erija en símbolo para unir a la mujer chilena y vencer así al terrorismo. En ello, estoy cierto, que la mujer volverá a encabezarnos a todos en una vigorosa y triunfante reacción patriótica.

La Seg. 8-XI-85